

grandes *trusts*, los convenios internacionales, todo ensamblado en secuencias explicativas, claras y sistemáticas. La obra aparece enriquecida con un abundante material iconográfico y cartográfico, con una tabla cronológica que resume e ilumina el proceso hasta el año crítico de la Guerra, un índice analítico, un índice onomástico, y una cabal bibliografía de manuscritos e impresos, que dan testimonio de un trabajo metódico, objetivo y de fácil consulta.

JULIO DURÁN CERDA.

JOSEPH EMPERAIRE: LOS NOMADES DEL MAR. Traducción de Luis Oyarzún. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile. Comisión Central de Publicaciones, 1963. 263 pp. + xvi láminas y un mapa.

Los nómades del mar, del antropólogo francés Joseph Empeaire, recientemente editado por la Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile, es uno de los libros dotados de mayor generosidad humanística, aparecidos en el país. Apoyan este aserto, su dramático realismo, el hondo sentido humano de su contenido, su calidad de empresa científica de alto vuelo y el estimulante ejemplo que significa el logro de una convergencia de fructíferos esfuerzos individuales e institucionales en el campo de la investigación, esfuerzos a los que no ha sido ajeno el aporte de nuestra entidad universitaria.

No hace mucho tiempo, en 1961, el científico norteamericano Oscar Lewis, publicó en castellano su *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, obra en la que expone, en más de trescientas páginas, los resultados de una labor realizada en México, desde 1947 hasta 1958, conforme a los nuevos procedimientos etnológicos de *frente-a-frente* y el *muesétreo profundo*, que evidencian las ventajas de estos modos de búsqueda, sobre la rigidez limitadora de los métodos académicos, en el estudio del ser humano y las relaciones con la vida de su comunidad. El libro produjo legítima conmoción en los círculos científicos, políticos y artísticos, por la eficacia de los instrumentos indagatorios empleados y por la aguda develación de una realidad americana lamentable.

Por el mismo tiempo, en 1946, y con una actitud metodológica semejante, Joseph Empeaire inicia su impresionante estudio sobre los *alacalufes*, los indios de canoas, los nómades del mar, en los archipiélagos australes de nuestro territorio.

En cumplimiento de ese propósito, el investigador francés convivió estrechamente con aquellos indígenas, durante veintidós meses consecutivos.

El hecho hay que calificarlo de venturoso, porque la urgencia de tal estudio era angustiosa, no podía postergarse mucho más, en vista de los sín-

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

tomas inequívocos del desaparecimiento de los últimos vestigios vivos de aquella agrupación étnica. Tal fortuna no se tuvo con los indios *chonos* desaparecidos, ni con los *onas* y *yaganes*, a punto de extinguirse.

El conocimiento teórico más generalizado del hombre de nuestros archipiélagos, no excedía los límites de lo anecdótico y legendario. Nuestra información era menos pobre en lo que se refiere al paisaje y a otros aspectos físicos, gracias a los datos proporcionados por los geógrafos, por la curiosidad de turistas aficionados a la fotografía y por descripciones de algunos escritores nacionales, como José Grimaldi, Franco Berzovic, Benjamín Subercaseaux y, especialmente, Francisco Coloane.

El caudal de documentación objetiva con que contaba el antropólogo, estaba constituido, sobre todo, por las notas de viaje de navegantes, desde el siglo XVI, y de investigadores no especializados en esta materia; en todo caso disponía únicamente de datos generales, muchos de ellos de dudosa autenticidad o distorsionados por preconceptos o por un vago impresionismo, cuando aludían al habitante de aquellos páramos. "Todos los problemas botánicos, geológicos, zoológicos, paleontológicos —dice el autor— son estudiados o abordados; sólo el hombre de Tierra del Fuego o de los archipiélagos tiene, para la mayoría, un interés menor" (p. 23).

A fin de superar esta visión parcial y sólo relativa a la periferia del alacalufe, y a fin de sorprender al tipo en su integridad, era preciso el empleo de un método radical, y enfrentarse a él de una manera directa, incorporarse a su vida, compartir sus alegrías y sus dolores, respetar sus creencias, sus limitaciones, su ritmo mental, vivir inmerso en sus miserias diarias y sus ancestrales inquietudes, dominar su lengua y establecer vínculos de sincero afecto.

Empeaire cumplió cabalmente su vasto plan, y merced a él pudo tener el privilegio de la verdad que ya se escapaba para siempre, captando la vida misma, individual y colectiva inmediata, y también, en buena medida, la tradicional, aquélla que parecía irrecuperable para la historia, que iba emergiendo de los recuerdos y relatos, al calor espontáneo de las conversaciones hogareñas, en la choza de pieles.

La empresa entraña un modelo de genuina vocación científica; el gabinete y la compulsión de infolios bibliográficos cedió, esta vez, su lugar a una experiencia viva, irremplazable, afrontada con rango de proeza. De ahí es que las descripciones de Empeaire, sus observaciones, mil veces completadas, rectificadas y comprobadas, y las conclusiones a que arriba, poseen el vigor del testimonio sentido, al mismo tiempo que la fascinación propia del más elaborado relato novelesco.

En un ambiente sombrío, como de mundo en proceso de gestación o en vísperas de desintegrarse, azotado implacablemente por vientos y lluvias tormentosos, con una temperatura polar, deambulan, en busca de caza, por canales, fiordos, entre monstruosas formaciones graníticas, en canoas de corteza vegetal, hombres y mujeres, niños y ancianos, si no totalmente desnudos, como siempre ocurría antaño, protegidos por precarias vestimentas, debidas a la caridad o a disposiciones oficiales. "Tristes soledades —observaba ya Darwin, en 1831—, donde la muerte más que la vida parece reinar soberanamente".

Para ofrecer índices visuales, el libro incluye fotografías y un mapa, que dan una imagen objetiva de aquel escenario alucinante y de su pueblo, entregado a un destino aciago, y en cuyo rostro de piedra, no obstante, aflora una sonrisa.

Pero no es la vida material, sus técnicas, sus hábitos, lo más interesante que Empeaire descubre en los alacalufes. El documento humano más valioso que establece, se refiere a las causas inmediatas del desaparecimiento del grupo étnico. Tal causa la atribuye al nuevo psiquismo nacido a raíz del contacto del indio con las posibilidades que le brindan las diversas formas de la civilización, ante las cuales no ha podido mantener su unidad estructural. Frente a ellas, ha perdido su voluntad de lucha con su medio inclemente, porque aquello que conseguía otrora con tanto denuedo y vital entusiasmo, puede obtenerlo ahora fácilmente, por la caridad o por la perspectiva de su asimilación absoluta al ámbito civilizado. Este relajamiento, unido a la conciencia de su extinción, lo mantienen en un estado de permanente hipersensibilidad, lo han llevado al desquiciamiento de su tradicional entereza ante los rigores del clima y lo han hecho vulnerable a todas las enfermedades.

En la pugna secular del hombre y su medio, más ardua en los archipiélagos fueguinos y magallánicos que en otras regiones del mundo, el alacalufe parece, al fin, haberse doblegado ante el poder de *Ayayema*, el dios que representa la hostilidad del ambiente, la lobreguez de las largas noches australes, pobladas de espíritus malignos, la sempiterna humedad del suelo que mina la salud, la ventisca artera que vuelca la canoa con toda la familia.

La suerte del alacalufe está sellada irremediamente; no han bastado las medidas humanitarias tomadas por el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, en su favor, ni tampoco será menester acudir al exterminio por masacre, como se procedió con los *onas*, por orden de las grandes compañías concesionarias de tierras ganaderas, hace medio siglo (p. 74).

La obra de Joseph Empeaire, a pesar de su exposición rigurosamente sistemática, apasiona como un libro de ficción; contribuyen a este encan-

◊
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

to, la ágil claridad de su estilo y la cuidadosa traducción realizada por Luis Oyarzún.

El sentido profundo de la condición del hombre y su destino, de su realidad y de sus virtualidades, concebidos en un plano trascendente, que constituyen la preocupación básica de toda Universidad, concepto que, naturalmente, alienta en el espíritu y la superior política de la nuestra, queda de manifiesto en la intención que ha guiado a su Comisión Central de Publicaciones, al disponer la edición de *Los nómades del mar*. A través de estos propósitos publicitarios, en que ya se cuentan varios títulos orientados hacia aquellas altas finalidades, se percibe, pues, la conciencia vigilante y cargada de sentimiento afectivo, de la Universidad de Chile, sobre la suerte de las reservas humanas y morales del país.

JULIO DURÁN CERDA

